

LUIS MARTÍN, Francisco de (2021): *Pablo Iglesias. Muerte y memoria de un mito*. Córdoba: Almuzara. 280 pp. ISBN: 9788418757501.

Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Salamanca, Francisco de Luis Martín ha dedicado el conjunto de su obra al estudio de la cultura política del socialismo español. En *Pablo Iglesias. Muerte y memoria de un mito*, emprende la tarea de analizar históricamente la construcción del mito de Pablo Iglesias como fundador del PSOE. De Luis destaca, en ese sentido, el carácter sacral de dicha construcción, «derivando en un culto a la personalidad que nada tenía que ver con la filosofía materialista o con el marxismo». Iglesias aparece como «un santo fundador». A continuación, traza la trayectoria vital y política del líder socialista. Según el autor, Iglesias encarna «un modelo de militante prototípico, el del tipógrafo finisecular y autodidacto, ávido de saber, pero sujeto a las condiciones impuestas por la época que le tocó vivir». En concreto, la biblioteca personal de Iglesias constaba de 106 volúmenes y 141 folletos, destacando su preferencia por obras de carácter divulgativo. Y es que no le interesaba profundizar en un aspecto de la realidad, sino «adquirir unas nociones generales y básicas del mayor número posible de materias», porque según él «la especulación intelectual resultaba inoperante para un verdadero socialista». Leyó el *Manifiesto Comunista* y *El Capital*, a través de vulgarizadores, y sus principales fuentes ideológicas fueron Lafargue y, sobre todo, Guesde. Aprendió francés. Sus preferencias literarias se centraron

en el Siglo de Oro y el romanticismo alemán y francés. Era aficionado al teatro y se amistó con Galdós. Entre los historiadores, destaca su interés por César Cantú y Modesto Lafuente. La interpretación guesdista del marxismo le condujo a «la defensa a ultranza de las organizaciones socialistas, de una identidad propia y definida de las mismas frente al resto de las fuerzas políticas» y a la táctica de «clase contra clase». Sólo tras los sucesos de la «Semana Trágica» se decidió a una alianza con los republicanos, logrando finalmente un acta de diputado en las elecciones de 1910. Iglesias no auspició ninguna forma de nacionalismo español. Desconoció el problema de la emergencia de los nacionalismos periféricos. Identificaba nacionalismo y «peligro reaccionario». No obstante, el PSOE propugnó, en uno de sus congresos, el derecho de las «nacionalidades ibéricas» a su autogobierno en una «confederación republicana». En el Parlamento, Iglesias destacó por su agresividad, propugnando el atentado personal contra Maura y Canalejas. En el interior del partido, ejerció una auténtica autocracia, ya que las decisiones se cocían «en su domicilio». El PSOE condenó la Gran Guerra, aunque apoyó a los aliados. Iglesias se mostró partidario de la Asamblea de Parlamentarios, pero ambiguo y luego contrario a la huelga general de agosto de 1917. La cuestión femenina no suscitó excesivo interés en él ni en el PSOE. Ante la revolución rusa, rechazó la intervención extranjera, pero la recibió con «una nada indisimulada cautela». No se mostró partidario del ingreso en la III Internacional, pero fue incapaz de impedir la escisión que dio lugar a la

aparición del Partido Comunista. Recibió el advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera con «prudencia» para «garantizar la supervivencia de las organizaciones obreras». Una decisión que dividió al partido, entre colaboracionistas y anticolaboracionistas.

Sin embargo, De Luis se ocupa más del Pablo Iglesias muerto que del vivo; de su ulterior influencia en el PSOE, mediante el culto a su recuerdo y a su figura. Por ello, dedica un capítulo del libro a la actitud de la prensa tras su fallecimiento el 9 de diciembre de 1925, en plena dictadura primorriverista. La prensa socialista interpretó su figura como la del «Cristo laico», «maestro y apóstol». Los republicanos dieron de su figura una interpretación análoga. Menos complacientes fueron los conservadores. La prensa anarquista lo ignoró; y la comunista lo calificó de «agente de la política capitalista». Surgió igualmente la comparación con la figura de Antonio Maura, fallecido casi al mismo tiempo que Iglesias. En general, la prensa destacó que el maurismo había muerto con Maura, mientras que el PSOE sobreviviría a su fundador.

Mientras el entierro del líder conservador se hizo en la intimidad, el de Iglesias resultó una gran manifestación de masas. De Luis otorga mucha transcendencia a ese acto. Se trató de un ritual funerario «religioso» y «de Estado». Se realizó una auténtica «deificación» de Iglesias. La ceremonia tuvo incluso el apoyo del gobierno primorriverista y del ayuntamiento de Madrid. El desfile duró dos horas. El autor interpreta el significado de este acto como la muestra de «la escasa secularización de la sociedad española de la época y la

inexistencia de un lenguaje político laico». Allí se produjo la «canonización de Iglesias». El culto a su figura continuó a través de los aniversarios de su muerte, así como la edificación de monumentos y estatuas y la elaboración de hagiografías. Se edificó un mausoleo en el cementerio civil de Madrid; durante la II República, se construyó un monumento en el parque madrileño del Oeste, inaugurado en mayo de 1936. En un contexto tan conflictivo como el republicano, su figura fue objeto de disputa para las distintas facciones del PSOE. Ya en la guerra civil, los comunistas lo utilizaron para defender la creación de un partido único del proletariado. El régimen de Franco respetó el mausoleo, pero destruyó el monumento. Frente al franquismo, tanto en el exilio como en el interior, los socialistas presentaron a Iglesias como representante genuino de la españolidad. Y en la Transición, sirvió para legitimar la estrategia del nuevo PSOE, que confluía en el «radicalismo teórico y la práctica reformista».

Sin duda, Francisco de Luis es uno de los principales historiadores del movimiento obrero español, sobre todo en su variante socialista. Y, en el caso que nos ocupa, no es esta una obra menor, sino todo lo contrario. En un principio, la historia de nuestro movimiento obrero cayó en malas manos, las de Manuel Tuñón de Lara, cuya obra *El movimiento obrero en la historia de España*, adolecía de unas claras insuficiencias metodológicas. Era el suyo un marxismo de corte mecanicista y determinista muy distante de la innovadora perspectiva de un Edward P. Thompson. Afortunadamente, autores como Santos Juliá, Manuel Pérez Ledesma y

el propio Francisco de Luis dieron otra dimensión al estudio del tema. En la obra de nuestro autor sobresale no sólo la necesaria erudición, la pulcritud estilística o el rigor metodológico, sino la sinceridad valerosa y, sobre todo, un sostenido propósito de distancia, que es una de las virtudes más escasas de nuestro campo historiográfico en la actualidad. Aparte de bien escrito, el libro viene adornado por una muy interesante muestra iconográfica de Iglesias, que nos muestra que la mentalidad socialista de la época giraba en un clasicismo muy próximo al realismo socialista.

En el desarrollo de su trama narrativa, De Luis se muestra favorable a Iglesias, pero cuando llega la ocasión no oculta sus censuras. Mantiene, si se quiere, una empatía crítica. Estamos, pues, ante una monografía muy valiosa.

Sin embargo, creo que, en el contexto actual, es preciso ejercer una crítica más directa. En nuestra opinión, Pablo Iglesias ha sido uno de los líderes más mediocres del socialismo europeo, sobre todo a nivel intelectual, pero igualmente en el plano político y táctico. Compararlo con Bebel, Liebknecht, Turati o Bordiga, no ya a los grandes líderes e intelectuales como Jaurès, Labriola, Lenin, Luxemburgo o Gramsci resulta totalmente erróneo. Iglesias no aportó nada al socialismo europeo de la época. Como señala De Luis, ello fue fruto, al menos en parte, del contexto social español; y no sólo del económico, sino del cultural. A lo largo del siglo XIX, la sociedad española no experimentó una influencia significativa del idealismo, ni del positivismo. Una filosofía como el krausismo compitió con el catolicismo por la hegemonía

intelectual, pero se trataba de una filosofía casi mística. De ahí la escasa secularización de nuestra vida intelectual. De ese contexto no podía emerger un socialismo solvente a nivel intelectual, como el alemán o el italiano. España no tuvo su Hegel, su Comte, ni su Croce o su Gentile. De Julián Sanz del Río y sus acólitos podía salir poca cosa. La Institución Libre de Enseñanza pudo ser muy solvente a nivel pedagógico, pero en los ámbitos de la especulación filosófica su balance fue nulo.

Los errores e insuficiencias de Iglesias fueron muy graves. Destacaremos algunos. El líder socialista fue incapaz de analizar la influencia del catolicismo en España. Creía que España era «uno de los países más escépticos del mundo». A su entender, bastaba con aplicar la supresión de las subvenciones del Estado a la Iglesia para que el clericalismo finalizara. Y es que, según él, la Casa Real y la aristocracia palaciega eran «el verdadero núcleo del clericalismo español». Como señala De Luis, tampoco entendió el nacionalismo. Los socialistas rechazaron la festividad del 2 de mayo, por su carácter nacionalista español. En su lugar, propugnaron el 1 de mayo. El programa socialista no recogía términos y conceptos como «nación», «patria» o «España». Iglesias y sus sucesores desconocieron los planteamientos del austromarxismo, de Otto Bauer y Karl Renner. No menos grave fue su resentimiento antiintelectual.

A falta de una doctrina coherente, Iglesias y sus acólitos desarrollaron una suerte de teología política, cuyos contenidos nos muestra De Luis en su libro. Se trata de una teología política utópica y secular, en el sentido de Carl Schmitt. En

cierta forma, existió una analogía entre el catolicismo español y el socialismo pablista. Y es que mientras el primero hizo hincapié en manifestaciones de religión popular, Iglesias y su partido defendieron un socialismo profundamente anti-intelectual, una especie de escatología secular. Contradictoriamente, se mostraba partidario de la acción parlamentaria para conseguir reformas inmediatas y, a la vez, estaba convencido de que el derrocamiento del capitalismo sólo sería posible mediante la acción revolucionaria. Iglesias reducía el antagonismo social a dos, y sólo dos, clases opuestas, burguesía y proletariado. En sus escritos, sometió a crítica el parlamentarismo, las elecciones o el sufragio universal, que tan sólo servían de «barniz legitimador» al omnisciente poder burgués. Se mostró partidario de la revolución mediante «la fuerza» y de la «dictadura del proletariado». Dentro de este esquema mesiánico, escatológico y apocalíptico, propició y desarrolló una especie de ideología carismática, que De Luis describe con solvencia. «Santo laico», pero dotado de una fe pétrea en el fin de los tiempos a través del proceso revolucionario. Con posterioridad, fue conocido como «El Abuelo». ¿Existe denominación más patriarcal? No es extraño que desconociera, o no comprendiera más bien, la problemática planteada por el feminismo.

Esta teología política secular se contradecía periódicamente en la práctica política cotidiana, aunque nunca fue abandonada por el PSOE. Iglesias apostó tácticamente por la moderación, por el reformismo gradual y la

presencia en el Parlamento, cuando lo juzgó oportuno. Así pudo verse su actitud en 1909 y 1910, o ante la huelga general de agosto de 1917 o en el advenimiento de la dictadura primorriverista. Y es que, en realidad, para Iglesias lo fundamental era la preservación de sus organizaciones. Las formas políticas eran secundarias e incluso accidentales desde su perspectiva revolucionaria. Así se vio en la dictadura de Primo y en la II República. Esta fue una de las herencias que dejó a sus sucesores, ninguna de altura.

El tema de la imagen de Iglesias durante el régimen franquista requiere alguna matización. En su obra *La historia perdida del socialismo español*, Ricardo de la Cierva, biógrafo oficial de Franco, ofreció una visión positiva de la trayectoria histórica del PSOE. Este fenómeno se puso de manifiesto en algunas publicaciones neofalangistas como *Criba, Índice o Nuevo Índice*. Ya en la Transición, la figura de Pablo Iglesias experimentó una clara metamorfosis. El Iglesias hierático esculpido por José Noja se convirtió, de la mano del pintor Eduardo Arroyo, en una figura simpática, familiar.

Francisco de Luis ha escrito un libro claro, erudito, ejemplarmente empático y, al mismo tiempo, crítico. Es decir, todo lo contrario de las mixtificaciones de la denominada «memoria histórica». Genuina Historia, en fin.

Pedro Carlos González Cuevas
*Universidad Nacional
de Educación a Distancia*